



Domingo XXII Tiempo Ordinario

Ciclo A
3 de septiembre de 2023

I NOTAS EXEGÉTICAS

Jr 20,7-9

La Palabra del Señor se volvió oprobio para mí

Este breve texto pertenece a una de las secciones conocidas como “Confesiones de Jeremías”. En ellas se narra en primera persona la reacción del profeta a sus experiencias y a su misión como anunciador de una palabra dura para Israel. Estas líneas en particular expresan la lucha entre Jeremías y su Señor. Las palabras divinas contradicen el gusto personal del profeta y lo llevan a enfrentar el disgusto del pueblo y a sufrir marginación y desprecio. El lenguaje utilizado es crudo, ya que Jeremías lee su misión casi como una violación a su libertad. Sin embargo, la palabra profética carga una fuerza desbordante que va más allá de las convicciones personales del profeta. De allí que en la lucha entre el profeta que se resiste y el Señor que insiste, el primero resulte siempre vencido. El fuego ardiente con el que se compara la palabra del Señor hace eco de otros textos veterotestamentarios donde Dios viene presentado como un fuego devorador, con un celo pasional por su pueblo (cf. Dt 4,24; 5,9; 6,15; Ex 20,5; 13,22).





Salmo 62

Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío

La parte inicial de este salmo ha sido aplicada en la tradición judeo-cristiana al seguimiento ardiente de Dios de parte del fiel. Esta búsqueda viene comparada a necesidades vitales como la falta de sueño o la sed constante. El creyente experimenta la necesidad inapagable de encontrarse con el Señor a partir de su experiencia personal de oración hecha en el Templo. Así, el ansia del encuentro con el poder divino no parte de la imaginación del fiel o de un sentimiento superficial. Por el contrario, éste ha recibido ya anteriormente la ayuda divina en momentos de sufrimiento y espera poder recibirla en el futuro. La conexión entre intervención pasada y bendición futura en la vida del fiel desembocan en la certeza de que el Señor está ya actuando con potencia en el presente. Así el orante pone su confianza para el porvenir en la fidelidad ya manifestada anteriormente por el Señor.

Rm 12, 1-2

Presentad vuestros cuerpos como hostia viva

En este texto, el apóstol Pablo en modo exhortativo propone a la comunidad cristiana de Roma una forma de respuesta frente a la acción salvífica de Dios manifestada en Cristo más allá del cumplimiento de la Ley mosaica. Cristo con su muerte y resurrección ha instaurado una vida nueva para los creyentes, expresando de esa forma la inmensidad de la misericordia divina, como aparece al final de la argumentación de los capítulos anteriores (cf. 11,30-35). Esta misericordia sobreabundante debe mover a los cristianos a una nueva forma de adoración. Pablo invitará entonces a una nueva unidad entre culto y vida. La transformación del propio yo, limitado constantemente por la acción del pecado, será para Pablo el único culto agradable a Dios, ajustado a su inabarcable misericordia, más allá de cualquier rito o sacrificio. De este modo, el culto cristiano se caracterizará por la realización cotidiana de la voluntad divina en la vida del bautizado.





Mt 16, 21-27

El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo

En el capítulo 16 del Evangelio de Mateo se alcanzan dos hitos importantes en el ministerio de Jesús: por un lado, la profesión de fe de Pedro (vv. 13-20) por otro, el primer anuncio de la pasión (v. 21). A la gloriosa revelación del Mesías de Israel le sucede el anuncio de un destino inesperado: su muerte afrentosa y su resurrección. El texto de hoy subraya la reacción de Pedro frente a esta noticia dolorosa. En este Evangelio Pedro simboliza no solamente al jefe del grupo de los apóstoles (la piedra), sino también todo el cuerpo de la Iglesia. Su rechazo al Mesías sufriente es expresión de la dificultad de todo creyente para aceptar la figura del Señor crucificado. El centro temático del texto muestra el sentido del sufrimiento en la vida de cada bautizado. La clave para aceptar los sufrimientos cotidianos viene presentada por medio de la categoría del seguimiento de Jesús. Es él quien primero acepta sufrir para alcanzar la resurrección. Es él quien precede al creyente. Jesús invita, con la dura respuesta a Pedro del v. 23, a cualquier creyente a ponerse detrás de él y no delante. Es el Maestro quien conduce al discípulo y no al contrario. Todo el texto es una llamada a no abandonar el seguimiento de Cristo en medio de las adversidades. Una mirada puesta en Jesús que va delante permitirá que las experiencias dolorosas de la vida de fe sean ganancia y no pérdida, construcción y no ruina.





II PISTAS PARA LA HOMILÍA

La lucha de la fe: la experiencia de fe abarca la totalidad de la vida humana con sus diversos anhelos, esperanzas y dificultades. Se ha enfatizado en algunos ambientes, sobre todo protestantes pero también católicos, un cierto romanticismo de la fe, haciéndola ver bajo una fuerte carga sentimental, como si fuese una garantía perpetua de paz interior, tranquilidad y bienestar económico. Sin embargo, la primera lectura nos muestra otro aspecto contrastante: la lucha por conformar las decisiones personales al deseo de Dios, la lucha entre el yo humano y el yo divino. Reconocer la lucha de Jeremías amplía nuestra mirada sobre la fe: ella no es solamente un bálsamo tranquilizador individualista sino, ante todo, la oportunidad de abrir mi yo a deseos y límites más grandes. La fe ofrece la posibilidad de salir de la cerrazón de mis intereses para abrirme al amor hacia Dios y hacia los demás.

La sed de Dios: nuestra sociedad, basada en el consumo, nos ha acostumbrado a la creación de diversas necesidades y a la búsqueda de su inmediata o futura satisfacción. La experiencia del salmista pretende mostrarnos que más allá de las necesidades físicas o materiales que cada uno pueda tener, existe una sed de sentido y de presencia más profunda. La sed de la presencia divina actúa en el corazón de cada ser humano y lo llama a una búsqueda que solo puede desembocar en Dios. Valdría la pena recordar aquí la famosa frase de Agustín: «Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti».

Unión entre vida y culto: desde la segunda mitad del siglo XX ha sido una constante preocupación de la Iglesia Católica salvar el abismo expresado en la vida de numerosos creyentes entre aquello que creen y rezan con aquello que viven y actúan. Superar al abismo que se da entre fe y vida continúa siendo hoy una tarea constante de la catequesis. La segunda lectura ofrece claves de ayuda para combatir esta contradicción en nuestras comunidades. La vida del creyente, en la medida en que experimenta la conversión, se convierte en culto agradable. La necesidad de pasar de una mentalidad de cumplimiento religioso de la ley a una mentalidad de renovación constante puede llevar a nuestras comunidades a la iluminación de la vida cotidiana como espacio de alabanza y gratitud al Señor, en medio de las fragilidades propias de la condición humana.





¿Es inútil el sufrimiento?: dentro de las mentalidades imperantes en nuestra época, se encuentra aquella que pretende minusvalorar la experiencia del sufrimiento humano. Se pretende apartar la mirada ante cualquier dolor, negándolo o simplemente ignorándolo. Así la enfermedad, la discapacidad física o intelectual, las limitaciones vienen sistemáticamente escondidas o rechazadas. En este evangelio, Cristo nos muestra su propio sufrimiento como un camino hacia la resurrección, es decir, como un medio hacia algo mayor, no como un fin en sí mismo. Con su cruz, él nos ha precedido en la gloria. Esta muerte que conduce a la vida se constituye en la gran paradoja de la fe cristiana. Ella es la que puede dar sentido a las pequeñas o grandes cruces cotidianas, inevitables en la vida. El seguimiento del Señor crucificado y resucitado, con su iluminación de la cruz como camino de plenitud, es capaz de dar sentido a tantos sufrimientos humanos que nuestra sociedad inútilmente pretende disfrazar o esconder.





III SUBSIDIO LITÚRGICO

Monición de entrada

Como comunidad de hermanos en la fe, sedientos del Dios del Amor, nos congregamos para celebrar con gozo el misterio de nuestra salvación y reconocer la primacía de Jesús en nuestras vidas. Al participar de la mesa de la Palabra y de la Eucaristía, el Señor nos da su Vida y la fuerza necesaria para llevar la cruz de cada día y así poder responder con fe a la vocación confiada. Con entusiasmo participemos de esta Eucaristía.

Monición a las lecturas

Hoy la Palabra de Dios nos revela que el verdadero culto al Señor pasa necesariamente por la renuncia y la ofrenda de la vida. *“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”*. Desarraigados de la manera de pensar de este mundo, escuchemos con fe la Palabra del Señor y acojamos la invitación a seguirle con decisión y valentía.





Oración de fieles

Presidente

Hermanos, depositemos ante el Señor nuestra humilde y confiada oración, buscando que su presencia en nuestra vida nos haga valerosos testigos suyos.

R/. Señor, Dios nuestro, en ti confiamos.

1. Por la Iglesia, para que nunca deje de anunciar el mensaje de conversión y de paz que Cristo le ha confiado; que lo haga con valentía y con firme convicción, especialmente en aquellos lugares que sufren por la guerra, la corrupción y la división entre los hermanos. Roguemos al Señor.
2. Por los gobernantes, para que, seducidos por la verdad y el progreso de sus pueblos, promuevan auténticos vínculos de unidad, de amor y de paz entre los hombres. Roguemos al Señor.
3. Por los más pobres y necesitados, por los marginados y excluidos, por los enfermos y privados de la libertad, por los perseguidos a causa de su fe, para que la gracia de Dios los alcance y reciban consuelo, fortaleza y esperanza. Roguemos al Señor.
4. Por las familias divididas, para que comprendan el inmenso valor del perdón y se decidan a dar el paso hacia él, a luchar por la unidad y por la permanencia en el amor. Roguemos al Señor.
5. Por nosotros aquí reunidos, para que escuchando con fe la Palabra de Dios caminemos siempre en conversión continua y con radicalidad en el seguimiento del Señor y así nuestras vidas se conviertan en un culto espiritual agradable a Dios. Roguemos al Señor.

Presidente

Acoge, Señor, las plegarias de tus hijos que solo en ti buscan refugio y fuerza para vivir su fe. Por Jesucristo, nuestro Señor.

